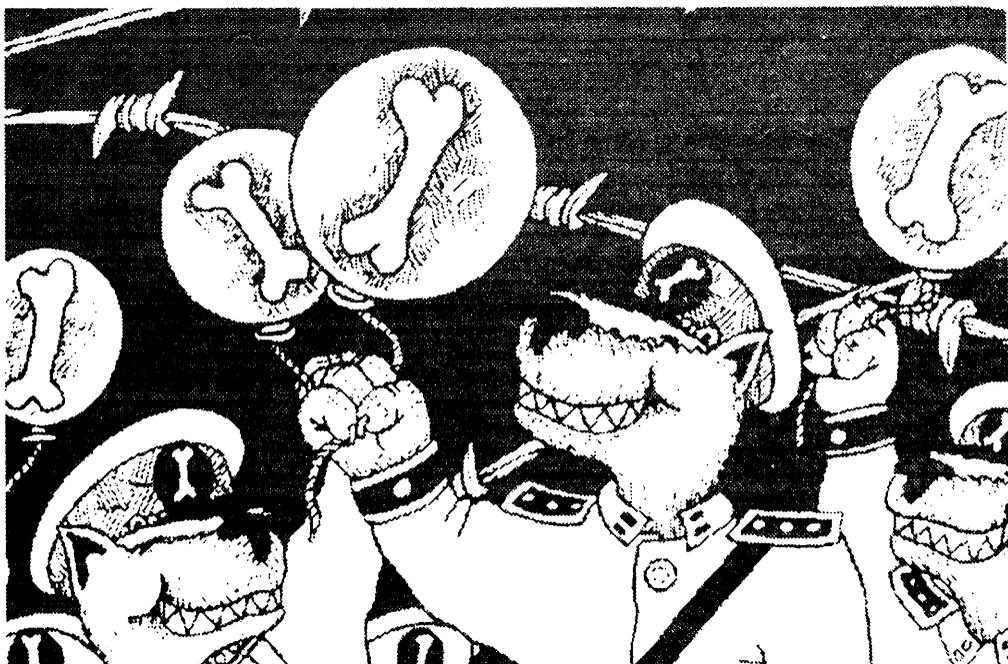


FERNANDO RUIZ

El caso de *La Opinión* de
Buenos Aires, 1971-1977

Entre el periodismo de seguridad nacional y el de liberación



El surgimiento del diario *La Opinión* de Buenos Aires, en mayo de 1971, representó un quiebre con la tradición periodística de la seguridad y con la tradición periodística de la liberación, hasta ese momento hegemónicas en Argentina. Estas dos formas de ejercer el periodismo eran tributarias de paradigmas teóricos cuya evolución final surgió a partir de la crisis de la teoría del desarrollo en América Latina ocurrida con la irrupción de la guerra fría a partir de los años sesenta. El diario *La Opinión*, al combinar sin excluir una vocación política y una vocación profesional y comercial, superó las tradiciones vigentes.

“A mí me costaba cada vez más el divorcio entre las con-

FERNANDO RUIZ

Doctor en Comunicación Pública por la Universidad de Navarra. Profesor de la Universidad Austral. Autor de Las palabras son acciones: historia política y profesional del diario La Opinión de Jacobo Timerman, 1971-1977 (Perfil libros, Buenos Aires, 2001) y de Prensa y Congreso: trama de relaciones y representación social (La Crujía, Buenos Aires, 2001). Su línea de investigación es la relación entre el periodismo y la democracia.

A
N
U
L
A
J
E
S

vicciones y el trabajo y aborre-
cía tanto los medios comercia-
les en los que me pagaban un
sueldo como los pasquines es-
candalosos de la militancia pe-
ronista de entonces que bien
merecida se tenían la clandes-
tinidad". Horacio Verbitsky
(1997).

"La prensa comprendió el rol
de este gobierno. Contamos
con un periodismo serio, efi-
ciente y silencioso". Coronel
Juan Carlos Colombo, goberna-
dor militar de la provincia de
Formosa (24 de diciembre de
1976).

Primera parte:
La construcción de
los paradigmas

El Tercer Mundo y el desarrollo

La teoría y la práctica de la co-
municación mantienen una in-
tensa y espontánea coopera-
ción. Los paradigmas teóricos
construidos por los académi-
cos suelen tener una fuerte co-
rrelación con los medios de co-
municación construidos por los
profesionales, aunque sus pro-
tagonistas no lo provoquen ni
lo perciban. Las características
de la época los envuelve a to-
dos, y en algunas épocas con
más fuerza que en otras. Las

variaciones en la teoría de la
comunicación coinciden con va-
riaciones en la práctica profe-
sional. También es probable la
relación inversa: el surgimiento
de una nueva experiencia co-
municacional que conmueve al
mundo profesional, genera nue-
vos interrogantes y promueve
desarrollos que pueden sacudir
los paradigmas teóricos exis-
tentes. La ficción radial de una
invasión extraterrestre, creada
por Orson Welles, la propagan-
da nazi o el surgimiento de la
revista interpretativa *Time* esti-
mularon nuevos estudios histó-
ricos y variaciones en los pa-
digmas.

Con el surgimiento del Tercer
Mundo, después de la Segunda
Guerra Mundial, las ciencias
sociales comenzaron a preocu-
parse centralmente de estudiar
las condiciones para el desa-
rrollo de las nuevas naciones.
Este impulso intelectual, engen-
drado por una convergencia de
necesidades históricas, dio a
luz una teoría que tenía, como
prioridad generalmente compar-
tida, promover el tránsito de las
nuevas sociedades desde un
estadio tradicional a un estadio
moderno. Nos referimos a la
teoría del desarrollo.

Dentro de este paradigma cen-

*Los medios crean
un retrato del mundo;
y en una sociedad
moderna, todos aprendemos
ese retrato del lo que
leemos y escuchamos.*

tral del conjunto de las cien-
cias sociales, la comunicación
había sido identificada, quizá
por primera vez, como un fac-
tor importante para el desarro-
llo. Se consideraba que era
fuerte la correlación entre ur-
banización, alfabetización, uso
de medios de comunicación y
participación política (Sch-
ramm, 1965:1). La moderniza-
ción era percibida como un pro-
ceso cultural, y no sólo econó-
mico o político. En un texto
considerado como "la obra
más inclusiva y sistemática pu-
blicada" sobre la teoría del de-
sarrollo (Durán, 1995:28), De
Sola Pool escribió:

"No debemos definir una so-
ciedad modernizada, o un sec-
tor de ella, en base al PBI per
cápita o por la proporción de
población inserta en el sector
industrial, sino en términos de
valores y formas de comporta-
miento compartidas por sus
habitantes". (De Sola Pool,
1963: 281).

Los medios no eran las herra-
mientas todopoderosas que
dominaban a sus audiencias,
pero tenían efectos importan-
tes que había que saber apro-
vechar. La comunicación públi-
ca podía ser todavía el meca-
nismo para "el cambio de los
hábitos del pueblo" (Pye,
1969: 24). De Sola Pool tam-
bién escribió:

"Los medios crean un retrato
del mundo; y en una sociedad
moderna, todos aprendemos
ese retrato del lo que leemos y
escuchamos. Sucesivos estu-
dios han mostrado que los me-
dios tienen pequeños efectos
sobre las actitudes y las accio-
nes, pero bastante más gran-
des en imágenes. (...). El pro-
ceso de modernización es,

muy especialmente, el proceso de adquirir nuevas imágenes” (De Sola Pool, 1963: 291). La relación entre la elite modernizante y las masas disponibles para modernizar, los dos polos de la sociedad tradicional o en desarrollo, era esencialmente una relación comunicativa. Schramm, uno de los investigadores más prestigiosos de este paradigma teórico, escribió en 1964:

“Un país en desarrollo debe realizar acciones para facilitar la circulación de noticias. Las noticias son un insumo básico de la información. Es un medio de construir la nación, permitiendo juntar a personas diversas alrededor de problemas nacionales comunes e intereses. Es la ventana principal de la vida moderna para sociedades aisladas y tradicionales. Es la clave para participar en los asuntos públicos” (Schramm, 1964: 260).

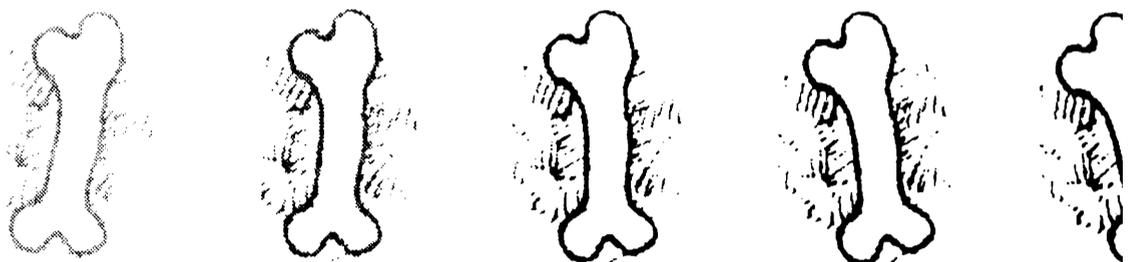
La Guerra fría y la seguridad

El itinerario histórico del pensamiento teórico tuvo un proceso de adaptación espacial y temporal. En América Latina, la recepción de la teoría del desarrollo estuvo condicionada por su proceso político e intelectual. Con la Revolución Cubana en enero de 1959, las tensiones de la Guerra Fría se instalaron plenamente. Creció imparable una efervescencia revolucionaria que iba desde el nacionalismo hasta el socialismo, y que impactó el paradigma hegemónico en las

ciencias sociales. Ahora quienes podían haber coincidido en el paradigma del desarrollo, empezaban a enfrentarse. Schmucler sostiene ahora que la teoría de la dependencia fue “tal vez la teoría clave que organiza la política” en esos años, y su origen se reconoce en Chile, donde se produce una convergencia de intelectuales exiliados e instituciones internacionales, en primer lugar la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) (Lenarduzzi, 1998: 156). Comenzó a distinguirse un cruce de rutas entre dos itinerarios, marcando una división parecida a la que se producía en la teoría económica entre desarrollistas puros y los dependientistas (Lenarduzzi, 1998: 156).

En el campo periodístico, la división se dio entre quienes continuaron las premisas desarrollistas profundizando todo aquello relacionado con la contención de los sectores revolucionarios, al que podríamos calificar como paradigma de la seguridad; y aquellos que radicalizaron el paradig-

ma desarrollista y confluyeron con la tradición de la prensa revolucionaria, constituyendo el paradigma de la liberación. En los centros de estudios que habían sido impulsados durante los años cincuenta para promover el desarrollo a partir de la comunicación, comenzaron a producirse textos que revisaban ese paradigma comunicativo del desarrollo (De Moragas Spa, 1991: 200). Esteinou ubica en la mitad de la década del sesenta el momento en que un centro clave de la región, el CIESPAL (Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo en América Latina) comienza una etapa “crítico-reflexiva” en la que se rompe con “modelos conceptuales de corte colonizante que no correspon-



dían ni resolvían las necesidades endógenas de sus comunidades y países” (Esteinou, 2003). Mientras el paradigma de la seguridad era impulsado por la importación de textos teóricos estadounidenses y la práctica cotidiana de la gran prensa comercial argentina, el paradigma de la liberación se convirtió en el hegemónico en los principales centros de producción teórica de la región y en la práctica cotidiana de la prensa revolucionaria.

Para los seguidores del paradigma de la seguridad, la premisa central era que las sociedades latinoamericanas podían desbarrancarse hacia el populismo o el comunismo, y la comunicación pública era una de las herramientas para impedirlo. Para los liberacionistas, en cambio, la premisa central fue que las sociedades latinoamericanas debían ingresar en un proceso revolucionario, y la comunicación pública era una de las herramientas para impulsarlo.

De este modo, las tensiones de la guerra fría se trasladaron hacia el campo teórico y profesional del periodismo. La relación entre teoría y práctica se expresaría con la consolidación de dos conjuntos de estándares profesionales opuestos, uno tributario del paradigma de la seguridad, y el otro del paradigma de la liberación.

El paradigma de la seguridad nacional

El paradigma de la seguridad nacional es un paradigma sistémico, esto es, construido para la defensa de un sistema determinado (O’Sullivan, 1997: 215). El paradigma liberal an-

glosajón de práctica periodística había sido forjado históricamente en función de una concepción democrática liberal clásica en la cual el ciudadano toma toda la información disponible que le es útil para actuar de acuerdo a sus intereses (Siebert y otros, 1976: 99). Este paradigma fue afectado por la crisis de la democracia en los países occidentales a comienzos del siglo veinte, que estuvo basada en gran parte en las dudas crecientes sobre la existencia real de ese modelo de ciudadano en el marco de una cada vez más compleja sociedad de masas (Schudson, 1979). Esto produjo que el paradigma liberal anglosajón se fuera transformando a lo largo del siglo. El déficit percibido en la calidad ciudadana se pretendió superar con un superávit en la responsabilidad pública del periodismo y así se fue forjando, al comienzo de la segunda mitad del siglo, una derivación del paradigma liberal clásico que se denominó paradigma de la

responsabilidad social (Siebert y otros, 1976: 73).

Si el paradigma liberal sufrió presiones para transformarse en los Estados Unidos y en Inglaterra, con más razón fue presionado para transformarse en los países subdesarrollados, donde ese ciudadano racional idealizado se percibía como más lejano. Frente a un ciudadano real y concreto que era percibido con mayor déficit de ciudadanía, era preciso un mayor superávit de responsabilidad periodística. Así el paradigma liberal anglosajón, que se hacía en el Primer Mundo más responsable, sufrió en su aplicación a los países del Tercer Mundo una nueva transformación que lo alejó aún más de su modelo arquetípico. Esta situación se vio agravada, además, en el contexto de la guerra fría. La responsabilidad del periodismo debía redoblar-se pues estas sociedades subdesarrolladas estaban amenazadas por el ‘enemigo comunista’. El paradigma se reformó una vez más (sería la cuarta)

Para los seguidores del paradigma de la seguridad, la premisa central era que las sociedades latinoamericanas podían desbarrancarse hacia el populismo o el comunismo, y la comunicación pública era una de las herramientas para impedirlo

cuando en la mayoría de los países latinoamericanos -el caso argentino desde junio de 1966 y desde marzo de 1976- asumieron las Fuerzas Armadas el poder político. Así se fue construyendo históricamente en Argentina el paradigma periodístico de la seguridad nacional. Su proceso fue una sucesiva transformación a partir del antiguo y clásico paradigma liberal.

Las categorías clásicas de Siebert, Peterson y Schramm han sido muy discutidas durante las últimas décadas pero todavía nos sirven para ilustrar la transformación del periodismo argentino de esa época. Podemos decir que la originaria teoría libertaria de la prensa asumió en América Latina un discurso cercano a la teoría de la responsabilidad social de la prensa, que en la práctica real y concreta se acercó bastante a la teoría autoritaria de la prensa. El énfasis se colocó cada

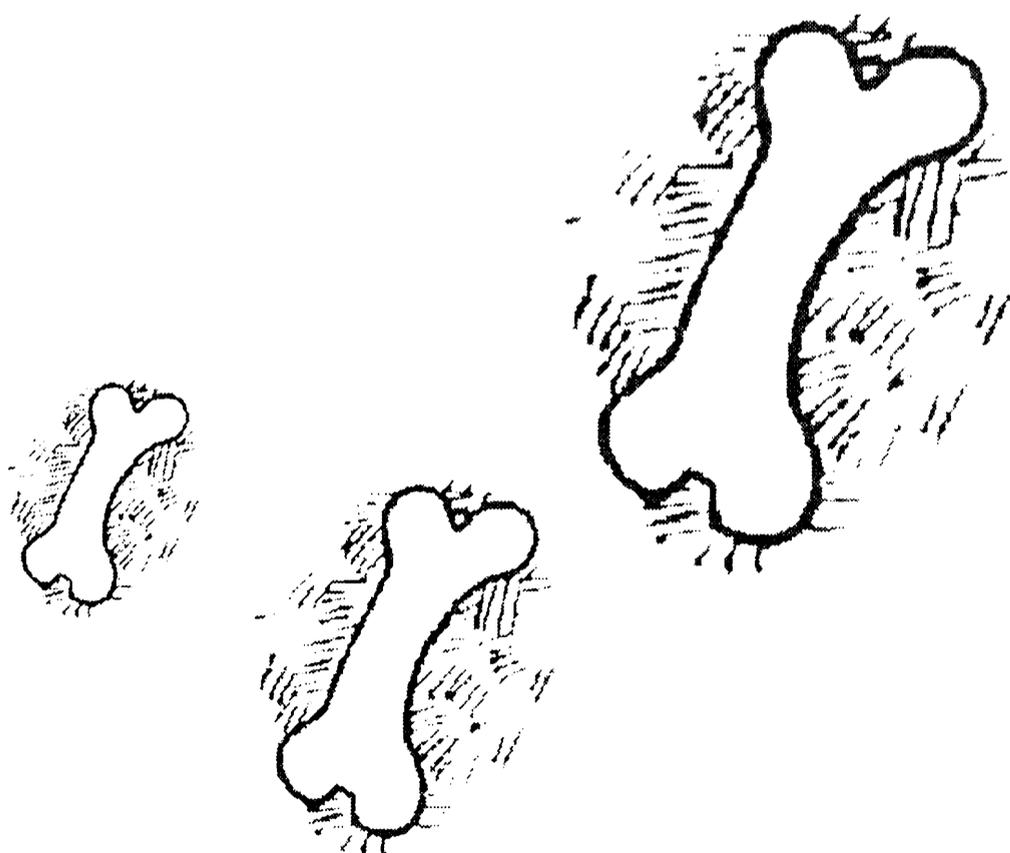
vez más, no en la verdad ni en el control del poder político, sino en el apoyo al gobierno en el poder (Siebert y otros, 1976: 7). Las palabras más habituales para referirse a la actitud que la prensa debía tener solían ser "constructiva" y "responsable" (De Sola Pool, 1963: 293; Pye, 69: 56). Schramm había enumerado seis "funciones esenciales" de la comunicación, y todas ellas tenían un sentido colaboracionista con el poder político: contribuir al sentido de nacionalidad, portavoz del planeamiento nacional, transmitir los conocimientos necesarios, expandir el mercado efectivo, contribuir a preparar a la gente para el nuevo papel que le tocará cumplir y preparar a la gente a desempeñar su papel como nación entre otras naciones (Pye, 1969: 56).

La prensa debía proyectar en el imaginario social un país que avanzaba casi sin contradicciones insalvables hacia el

desarrollo, marginando el conflicto social y presentándolo como una anomalía producto de actores irracionales o malintencionados. En las investigaciones teóricas producidas en Estados Unidos, e influenciadas por la psicología, se extendía también la culpabilidad individual y se evitaba la culpabilidad social (Beltrán, 1985: 88).

La libertad de la prensa no fue el valor principal para el paradigma de la seguridad nacional, pero tampoco se lo marginó por completo. La prensa tradicional latinoamericana podría convertirse en la 'última reserva de la sociedad libre' frente al avance de una oleada populista o revolucionaria. El concepto de libertad de prensa podía convertirse en una bandera esencial si esos países fueran seriamente amenazados o cayeran bajo el totalitarismo. El ejemplo de la expropiación en 1951 del diario argentino *La Prensa* contrario al general Perón era un ejemplo evidente que había conmocionado al mundo profesional y académico estadounidense. La defensa de la libertad de prensa era útil para mantener un espacio de protección y de seguridad alrededor de los diarios tradicionales, ideológicamente afines a la estrategia de contención.

En la elaboración de un paradigma periodístico apto para los países en desarrollo, que reconozca una afinidad, aunque sea lejana y apenas retórica, con el fundacional paradig-



ma liberal, participaron destacados académicos norteamericanos. Una gran parte de ellos ocupó funciones oficiales, varios de ellos en áreas de defensa. Un pequeño símbolo del impulso estatal que estas ideas tenían, como parte de una estrategia de contención global durante la guerra fría, es que los textos de estos académicos que están en la biblioteca de la Universidad de Buenos Aires son obsequio de la USIS, agencia estatal estadounidense de propaganda. Del mismo modo que politólogos destacados condicionaban su teoría de la democracia a las condiciones concretas de la realidad latinoamericana, por que estas no ofrecerían las condiciones para su ejercicio inmediato, los comunicólogos renunciaban de hecho al paradigma liberal que gozaban en sus propias sociedades para adecuarlo a esa ardua tarea histórica de construir una democracia desarrollada.

El paradigma de la liberación

El paradigma de la liberación es un paradigma alternativo, esto es, construido para reemplazar un sistema determinado (O'Sullivan, 1997). Fue construido entre quienes radicalizaron su pensamiento desde la teoría del desarrollo y quienes provenían de la tradición revolucionaria marxista y leninista. Al recordar las influencias de la revista "Comunicación y Cultura", surgida en 1973, Héctor Schmucler, uno de sus fundadores, enfatizó la importancia que tuvo el marxismo y los textos de Lenin sobre la prensa y el periodismo (Lenarduzzi, 1998: 151).

Para este paradigma, el periodismo era un instrumento de las clases en su lucha. Por eso, su misión, sus valores y sus prácticas profesionales derivan directa e inexorablemente de su opción frente a la lucha de clases que explica la realidad social. No existe para el periodismo -como para ningún lugar social- una actitud neutral. Beltrán cita a Mark Twain, "¿contra quién eres neutral?" (Beltrán, 1995: 101).

La crítica al ideal de la objetividad de la prensa capitalista no consistía en negar la posibilidad del conocimiento objetivo, sino en cuestionar la identificación que esa prensa realizaba entre objetividad y neutralidad. Camilo Taufic es elocuente: "Si es indiferente frente a los hechos, su lugar está en un manicomio y no en un diario. No está en la naturaleza humana la neutralidad frente al medio ambiente. Otra cosa es que la clase social dominante exija a determinados grupos (periodistas, educadores, científicos, etc.) que no se pronuncien críticamente sobre la realidad que describen, para evitar que las contradicciones que genera su dominio quedan al descubierto, y otra cosa también es que muchos de estos periodistas, científicos, educadores, etc., lleguen a aceptar su "neutralidad", sea por no perder el empleo, o por otra razón más "ideológica" (Taufic, 1973: 203). Camilo Taufic sostiene que "el concepto capitalista de objetividad en la prensa propugna la descripción de los principales hechos sociales desconectados de las relaciones de clase en que se dan; ajenos a esta lucha de clases

contradictoria que los provoca". Luego afirma que "aquí reside uno de los grandes trucos de la prensa capitalista: aislando determinados hechos reales en sus noticias, cortando las raíces que los afirman en toda la realidad, prohibiéndoles a sus reporteros pronunciarse sobre ellos, la dirección del diario puede después darles la interpretación subjetiva que quiera en la página editorial, amparada por la bandera pirata de que los hechos son sagrados, el comentario es libre" (Taufic, 1973: 123).

Frente a los objetivos de consenso y unidad social que impulsaba el paradigma periodístico de la seguridad nacional,

*Schramm había
enumerado
seis "funciones
esenciales" de la
comunicación,
y todas ellas
tenían
un sentido
colaboracionista
con el poder
político*

el paradigma de la liberación promovía el conflicto. Dice Taufic: "En concreto, cuando la sociedad está dividida en clases, se escinde asimismo la opinión pública; es una de las clases dominantes y otra en las clases subyugadas. No existe la opinión pública compacta, como una manifestación etérea de la "conciencia cívica" de todos los ciudadanos, como pretenden los autores burgueses" (Taufic, 1973: 141).

La libertad de prensa no era una libertad estratégica sino una herramienta más de la explotación aunque "su contenido de clase es menos evidente que en la libertad de comercio o en la libertad de ganancia" (Taufic, 1973: 188).

Pese a su enfrentamiento teórico, el paradigma de la seguridad y el de la liberación compartían premisas comunes. Entre ellas, se destacan la influencia importante que los

medios tendrían en la sociedad, la inescindible relación entre periodismo y política, y la paradójica percepción de que el paradigma rival era el socialmente más poderoso.

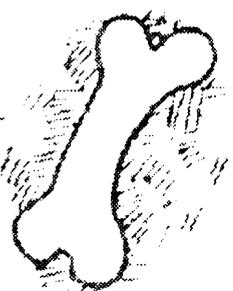
Los paradigmas en el periodismo argentino

La guerra fría entre ambos paradigmas tuvo su expresión en los modelos de periodismo realmente vigentes en Argentina en los años sesenta y setenta. En especial, después de la Revolución Cubana el periodismo tenía esa doble alineación. La gran prensa comercial adoptó una actitud inmersa dentro del paradigma de la seguridad: debía colaborar con el poder político para evitar la caída hacia el abismo. Esa premisa promovió una actitud colaboracionista de los medios con el poder político, lejana de la actitud de exhaustiva difusión de información política para el ciudadano y de control del poder público, rasgos típicos del paradigma liberal clásico. En 1970, Lowenstein, de la Universidad de Missouri, elaboró un índice de libertad de prensa y ubicó a Argentina durante el régimen militar del general Onganía como de "libertad de prensa con muchos controles". Al comentar la situación argentina y brasileña (con gobierno militar desde 1964) expresó que están en la zona de peligro ("danger zone, the warning light of the press freedom, and democracy, scale"), y que su "deslizamiento hacia el caos político y económico en esos

países es supuestamente prevenido únicamente por la mano dura de los militares" (Lowenstein, 1970). Esta prensa era la hegemónica en el mercado y recibía casi el total del gasto publicitario que realizaban las empresas.

Los diarios tradicionales como *La Razón*, *La Nación* o *La Prensa* recibían el apoyo político y discursivo de sus colegas norteamericanos de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) a pesar de realizar un periodismo que estaba notablemente alejado del periodismo real anglosajón. Ese déficit de profesionalismo estaba justificado, en la visión de los editores estadounidenses, por el estadio actual del proceso de desarrollo argentino y por la doble y peligrosa amenaza "totalitaria" que sufría Argentina: la llegada del comunismo o el retorno del peligroso peronismo, que tanta tinta había hecho correr en Estados Unidos. Una editorial del diario *La Nación*, del 30 de septiembre de 1961, da un indicio de la inserción de ese medio en el paradigma de la seguridad. Allí dice que "en medio de la guerra fría que vivimos (el revolucionario de izquierda) resulta un quintacolumnista y su delito es el de traición" (Sidicaro, 1993: 292).

A través de su historia, los diarios tradicionales argentinos se habían acostumbrado a dialogar más con el poder que con la sociedad, pues esta aparecía como poco sólida y articulada. Así en los sesenta los



diarios mantuvieron ese instinto de protección y consejo similar al que un copiloto mantiene frente al piloto de un auto en camino sinuoso. La información política y su interpretación estaba filtrada por el carácter constructivo y colaboracionista que el periódico debía tener con el poder político. Si el diario abandonaba esa actitud es que seguramente había empezado a percibir un nuevo grupo político que estaba por reemplazar al actual con el que tenía mayores afinidades.

Una de las características centrales de este periodismo colaboracionista era la casi total ausencia de periodismo interpretativo en sus columnas. Durante esos años, *La Prensa* no tuvo columnas de interpretación política. La "parte pensante" del diario estaba concentrada en las editoriales y sólo algunas pocas eran sobre temas políticos (García, 1997: 190; Ruiz: 1998: 235). Un periodista que trabajó todo este período en *La Prensa* definió a las editoriales como "la parte

"pensante" del diario. *La Nación* tenía una o dos columnas semanales de interpretación política (según el año), opinaba en las editoriales, pero sus crónicas compartían con *La Prensa* la pretensión de la objetividad. El matutino más vendido era *Clarín*, que informaba un poco más sobre política, pero no ofrecía una columna de interpretación, y eran muy escasas sus editoriales políticas, no así las de política económica. Los vespertinos, con un público que abarcaba los más amplios sectores sociales, parecían aún más cuidadosos con el análisis de la información política. Sin embargo, hay que destacar que, coherente con la tendencia profesional mundial, en los cursos que se daban en la CIESPAL, por lo menos desde 1963, ya se promovía el "periodismo interpretativo". En Argentina, la utilización de ese género en el periodismo político de la gran prensa fue casi con exclusividad en las revistas (Ciespal, 1965).

A partir de 1966 gobernó al país un régimen militar. En el amplísimo concepto de defensa desarrollado por este gobierno, los medios de comunicación eran un instrumento clave. El periodismo era una poderosa arma contrainsurgente. Las formulaciones más extremas de este pensamiento solían partir de sectores nacionalistas y militares, pero también los diarios tradicionales - aunque forjados históricamente en el liberalismo- compartían las premisas básicas de ese esquema conceptual. Del mismo modo lo hacían los editores de los diarios estadouni-

denses, como lo demostraban durante las reuniones de la Sociedad Interamericana de Prensa. Cuando el régimen militar cerró la revista de humor político *Tía Vicenta*, por representar al dictador Onganía como una foca, *The New York Times* interpretó que la revista había violado el "pacto de caballeros" de colaboración entre las autoridades y la prensa. *La Nación* respondió con una editorial, el 30 de julio de 1966, negando cualquier pacto (Sidicaro, 1993: 326).

Otra de las características del paradigma periodístico de la seguridad era que en su discurso público sobre la libertad de prensa el énfasis estaba colocado en que los medios eran la forma más natural de comunicación entre el gobierno y el pueblo, y viceversa. El rol de los medios consistió entonces en trasladar las inquietudes "más razonables" del pueblo a los gobernantes, y comunicar la información que el poder disponga distribuir. Ese discurso era muy similar al formulado en el discurso público del régimen militar.

En frente de esta prensa sistémica, la década del sesenta fue testigo de un fuerte crecimiento de la prensa alternativa, partisana, no comercial, que tendía a identificarse con el modelo de periodismo revolucionario de agitación y propaganda. Las fuerzas políticas impulsoras de este paradigma periodístico fueron el peronismo y la izquierda revolucionaria, las dos tradiciones políticas que la gran prensa y el régimen político vigente pretendían excluir.

La prensa revolucionaria creció

impulsada por estas dos tradiciones políticas, cuyo universo interno aparecía cada vez más complejo. La creciente convergencia entre las dos tradiciones parecía reavivar los fuegos ideológicos, y la gran variedad de alternativas que ofrecía la convergencia hacía que hubiera numerosas publicaciones dentro de estas dos grandes constelaciones políticas. El paradigma periodístico de la liberación las amparó a todas. Una formulación de este paradigma periodístico que tuvo influencia y sirvió como referencia a este periodismo revolucionario fue el discurso parlamentario del diputado peronista John William Cooke por medio del cual fundamentó la expropiación del diario *La Prensa*, el 16 de marzo de 1951.

La llegada de la dictadura en junio de 1966 no dejó sin espacio a esta prensa alternativa. Por algún motivo, esta y otras manifestaciones de enfrentamiento frontal a la dictadura, fueron de alguna manera toleradas (Ciria, 1990:177; Neilson, 1991: 204). Publicaciones que eran difusoras del pensamiento de grupos que iniciaban una lucha armada podían distribuir y vender decenas de miles de ejemplares. Pero este periodismo no tenía una aspiración profesional, sino puramente política. Las fugaces y ardientes publicaciones que producían grupos peronistas, o las publicaciones de nuevos grupos en el cada vez más complejo y dinámico campo de la izquierda, preten-

dían movilizar a sus lectores para la acción política y difundir con claridad su posición política. Quienes escribían allí eran militantes políticos, no necesariamente periodistas profesionales. Experiencias periodísticas como el semanario "CGT", o "Cristianismo y Revolución", comenzaron a incorporar oficio profesional a la militancia política, y varios de sus principales protagonistas contribuyeron activamente a crear un nuevo paradigma profesional.

El caso *La Opinión*

Es interesante, al menos como ejercicio, analizar toda la evolución de estos paradigmas en la región como una intrincada pugna que incluye, con posiciones mezcladas, a franceses y estadounidenses. Tanto el paradigma de la seguridad como el de la liberación han recibido estímulo intelectual preferentemente desde esos dos países, los que por diferentes motivos fueron los más preocupados por la evolución del Tercer Mundo. Cuando la UNESCO comenzó su intento de modernizar la comunicación teórica y práctica en la región el esfuerzo principal recayó en académicos franceses y estadounidenses. Los símbolos de esa cooperación binacional fueron los profesores Raymond Nixon y Jacques Kayser. El paradigma de la dependencia se fortaleció tanto con la influencia de los desarrollos franceses como del creciente movimiento contracultural estadounidense,

y por supuesto es necesario incluir a los intérpretes en la región de la Escuela de Frankfurt como muy influyentes en los autores latinoamericanos que lideraron, en especial desde Venezuela y Brasil, la crítica al paradigma de la seguridad (De Moragas Spa, 1991: 202; Marques de Melo, 1998; Lenarduzzi, 2000).

La influencia francesa había tenido un rol importante en la crítica a los paradigmas teóricos de la comunicación vigentes en la región. Con el surgimiento en mayo de 1971 del diario *La Opinión*, basado explícitamente en el diario parisino *Le Monde*, esa influencia francesa se trasladó también al campo profesional práctico. El parecido con el diario francés se daba en el diseño, en la elección que se realizó sobre qué géneros periodísticos utilizar, y en una cosmovisión ideológica ge-



neral que, salvando las distancias que imponía el contexto, tendía a coincidir.

El fundador de *La Opinión*, Jacobo Timerman, rechazó explícitamente los dos paradigmas hegemónicos recién descritos. Su innovación consistió en quebrar dos tradiciones periodísticas históricas, cada una de las cuales descansaba en un paradigma distinto. La primera y principal diferencia que *La Opinión* estableció respecto al resto de los diarios comerciales de Buenos Aires fue que hizo explícita su vocación de actor político; y la primera y principal diferencia que *La Opinión* estableció respecto al resto de la prensa política es que hizo explícita su vocación profesional y comercial. Conciliar una fuerte vocación política con una modernización profesional y comercial del periodis-

mo fue un objetivo difícil en el marco de la guerra fría regional y la turbulenta década del setenta en Argentina.

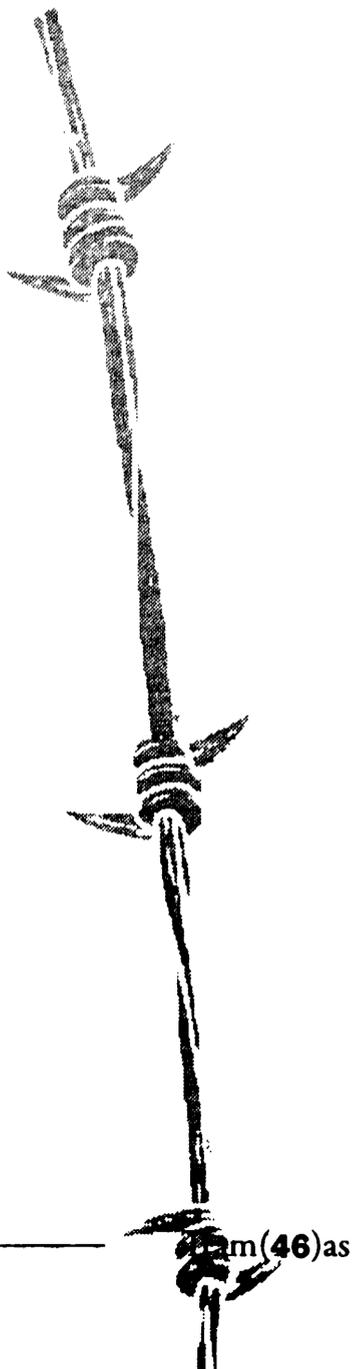
La prensa comercial se refugiaba de los avatares políticos mediante una muy reducida actuación política centrada en decisiones del propietario, o de una cúpula periodística de mucha confianza. *La Opinión* extendió la actuación política a la mayoría de sus periodistas, quienes firmaban sus notas y realizaban densos análisis sobre los actores políticos cuyas actividades les tocaba cubrir. La "parte pensante" del diario se extendió hasta abarcar los límites de la redacción. Hubo muy pocos ejemplos en la historia del periodismo argentino donde un periódico sostenido con publicidad comercial tuviera tal grado de densidad política en sus páginas. El paradigma de la seguridad era contradecido por un equipo de periodistas que, alentado por el director, usaba a fondo el género interpretativo en el periodismo político, más allá de los estrechos límites fraguados en los argumentos de "la responsabilidad social".

En 1971, Argentina no tenía periodismo interpretativo sobre temas políticos, más allá del que realizaban un par de revistas de poca circulación y supervivencia dudosa. Los grandes diarios avanzaban con mucha timidez en esa dirección. Las limitaciones impuestas por los sucesivos y cambiantes regímenes políticos de los últimos cuarenta años habían ido cerrando fugaces intentos de renovación periodística y habían inhibido cualquier intento de protagonismo políti-

co sostenido. En los diarios de la gran prensa comercial, el periodista debía adecuarse, cualquiera fuera su pensamiento político, a una estrecha franja de actuación política.

Por su parte, la prensa partidiana no tenía mayor entusiasmo por realizar un periodismo profesional. En primer lugar, por la casi siempre escasa cantidad de recursos. En segundo lugar, porque la lucha política exigía en primer lugar textos contundentes para la batalla política y no textos profesionales. El surgimiento de *La Opinión* permitió que varios periodistas que habían escrito asiduamente en publicaciones partidarias pudieran ingresar en la prensa comercial sin renegar de escribir sus interpretaciones políticas. Horacio Verbitsky, que participó en varias publicaciones alternativas y fue uno de los periodistas fundadores de *La Opinión*, escribió: "A mí me costaba cada vez más el divorcio entre las convicciones y el trabajo y aborrecía tanto los medios comerciales en los que me pagaban un sueldo como los pasquines escandalosos de la militancia peronista de entonces que bien merecida se tenían la clandestinidad" (Verbitsky, 1997: 11).

De la misma manera, y por las mismas razones que hacían que la democracia fuera una tarea difícil en el marco de la guerra fría, el desarrollo profesional del periodismo también fue pequeño. El diario llegó a la calle cuando se anunciaba la ampliación del espacio público, anuncio que de hecho comenzó a ampliarlo. *La Opinión* apostó al aumento de las libertades públicas y para ello pro-



dujo un salto profesional en el periodismo argentino (Ruiz, 2001: 237).

Segunda parte: La dictadura de 1976, la opinión y la destrucción de los paradigmas

La restricción del espacio público que impuso el poder militar redefinió el periodismo político.

A la 1.15 de la madrugada del 24 de marzo de 1976, el capitán de fragata Payer avisó a los cronistas de la Casa de Gobierno que en pocos minutos se daría a conocer una proclama militar, y pidió a los periodistas que no usaran los teléfonos hasta nuevo aviso, ni difundieran ningún tipo de versión pues “se pueden ocasionar graves daños”¹. A las 3.21, la programación radial se interrumpió para dar a conocer a la población el comunicado número uno de la dictadura. El comunicado número dos previno a la población de “propagar noticias alarmistas”. En el número diecinueve, que fue emitido también el primer día de la dictadura, los militares eran más explícitos:

“Será reprimido con reclusión de hasta 10 años el que por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare noticias, comunicados o imágenes con el propósito de perturbar, perjudicar o desprestigiar la actividad de las fuerzas armadas, de seguridad o policiales”.

La claridad de las nuevas reglas fue mínima. En pocos

días, varios medios serían clausurados en las provincias, como *El Independiente*, de La Rioja, y *La Arena*, de La Pampa. Algunos diarios de Buenos Aires fueron advertidos por las autoridades: a *La Prensa* por publicar solicitadas en apoyo al golpe; y a *La Nación*, por publicación de información sobre los hechos del día del golpe.

Los diarios tradicionales como *La Prensa* y *La Nación* redujeron aún más su periodismo político. *La Nación* mantuvo una columna interpretativa semanal, mientras que *La Prensa* apenas transmitía algún análisis político en sus editoriales. Ese espacio de información política que no ocupaban los diarios comenzó a ser ocupado por una serie de publicaciones de circulación restringida que mantenían una relación más o menos directa con grupos militares. *La Opinión* las llamó la “prensa política autorizada” y las distinguió de “los medios periodísticos de circulación masiva”. Así las revistas *Discusión*, *Última Clave* y *Convicción*, tocaban temas que los diarios no hacían, y parecían disponer de información más cercana a la entraña del poder. *Discusión* y *Última Clave* estaban vinculadas a sectores del ejército, y *Convicción* a sectores de la marina. Cada medio impulsaba la agenda de la facción militar a la que respondía y replicaba a la agenda de la facción rival. Las dos más importantes eran las que más se replicaban. Si *Convicción* promovía la agenda de Massera

pidiendo la figura del “cuarto hombre”, impulsando algo parecido a un primer ministro, *Última Clave*, afín al videlismo, informaba que ese tema se resolvería recién en marzo de 1977. *La Opinión* distinguía especialmente a *Última Clave*, de la que decía que tiene una “capacidad informativa digna de encomio y que es frecuente en sus ediciones” y le publicó con elogios una numerosa cantidad de artículos. Se refería a esa revista en forma permanente diciendo que “habitualmente tiene excelente información del ámbito oficial”.

A los pocos días los controles formales sobre los grandes diarios de Buenos Aires se distendieron.

La autocensura y el deseo de los principales diarios de colaborar con la dictadura reemplazaron a la censura formal. En junio de 1976, la ley 21.323 formalizó la suspensión de la actividad política, la que preveía en su artículo 3 el castigo de prisión para “los responsables de cualquier medio de comunicación o información pública que difundan o propaguen hechos, comunicaciones o imágenes políticas”.

De todos modos, los controles informales no cesaron. Este se realizaba de modo informal, pero la observación y crítica fue constante. Declaraciones del Presidente, del Ministro del Interior o del Secretario de Información Pública, tenían como constante realizar llamados a la “responsabilidad”, o la “objetividad”. El discurso oficial no

era contradecido por la prensa. En los múltiples contactos que el presidente Videla y varios de los más encumbrados funcionarios tenían con los periodistas estos, si acaso preguntaban sobre los temas escabrosos, no contradecían en absoluto las respuestas recibidas, cualquiera fueran. En la primera conferencia de prensa semanal que realizó el general Videla en la Casa Rosada, durante los últimos días de 1976, ningún periodista preguntó sobre los desaparecidos, ni si había algún resultado sobre investigaciones de algunos de los cientos de homicidios o secuestros no atribuibles a la guerrilla que asolaron el país durante ese año. En esa reunión, según Cerón, no hubo cuestionario previo¹. Cuando Videla viajó a Venezuela se iba a enfrentar a periodistas que vivían en un país democrático, pero en la conferencia de prensa que se realizó en Caracas el general presidente no tuvo inconvenientes. Según el *Buenos Aires Herald*, el presidente Videla "convirtió un grupo hostil de periodistas prácticamente en un club de firmadores de autógrafos"².

El periodismo de seguridad nacional aceptó, en general, el rol asignado por la dictadura. Algunos seguramente por plena convicción y otros por estrategia de resistencia consideraban conveniente adherir, al menos en forma retórica, a esos roles prefijados. En general, los grandes periódicos tuvieron una actitud de cooperación con el gobierno, aunque la organización que los agrupaba expresó cuestionamientos³.

La organización de los editores

de diarios argentinos, ADEPA (Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas), envió una nota al presidente en la que, luego de rescatar a Videla, dice que "el hombre común puede visualizar situaciones confusas" reveladoras de que "en realidad existen restricciones en la tarea informativa" y que esto "puede llegar a suscitar en el público un estado de desconfianza respecto de las noticias que recibe"⁴. La estrategia de ADEPA parecía ser la de asumir el rol de la prensa que el gobierno enunciaba y luego criticar a autoridades menores por no permitir que la prensa cumpliera ese rol. La organización de los editores de diarios argentinos sostuvo que el gobierno "enfoca correctamente" el rol de la prensa, y que lo más importante es la lucha contra "la subversión y el terrorismo", para luego criticar con dureza el cierre de algunos diarios de las provincias, y la ley de seguridad 20.840, por "técnica imprecisa y ambigua"⁵.

En la asamblea anual de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), en octubre de 1976, fue elegido presidente un argentino, el representante del diario *La Nación* de Buenos Aires, Juan Valmaggia. En esa reunión, algunos editores de otros países discutieron la postura que los editores argentinos asumían en su país. Germán Ornes, director del diario

El Caribe, de Santo Domingo sostuvo que era difícil de entender la afirmación de los editores argentinos de que en el país había libertad de prensa cuando no publicaron nada sobre un atentado contra el presidente Videla, durante un acto militar, mientras las agencias internacionales lo difundían por el mundo, y las autoridades locales confirmaban el hecho. Federico Massot, del diario *La Nueva Provincia*, mencionó el "estado de guerra que vive el país", y Valmaggia se refirió al "estado de transición que vive el país"⁶.

Cuando *La Opinión* fue clausurada por unos días, primero *La Voz del Interior*, y días más tarde la organización de editores ADEPA, exigieron al gobierno que reconociera la colaboración que la prensa argentina le estaba ofreciendo. El diario *La Voz del Interior* expresó en una editorial que el periodismo ha actuado "sin estridencias, sin genuflexiones, con responsabilidad y en ocasiones hasta exagerando sus prevenciones para no caer en el juego interesado de la perturbación de la paz social":

"La prudencia en el tratamiento de las noticias, el desapego por las prácticas sensacionalistas y la moderación en la presentación de las informaciones referidas al particular momento nacional, han constituido una constante escrupulo-

1 *La Opinión*. Segunda Sección, 23 de diciembre de 1976, p.1.

2 *La Opinión*, 1 de junio de 1977, p.12.

3 Para un ejemplo, ver cómo actuaron los diferentes diarios cuando la inflación comenzó a crecer y había que publicar los índices. "Cambios en la difusión y en los títulos". *La Opinión*. 3 de febrero de 1977, p.12.

4 *La Opinión*. 21 de agosto de 1976, p.8.

5 *La Opinión*, 26 de septiembre de 1976, p.18.

6 *La Opinión*. 13 de octubre de 1976, p.15.

samente respetada por los órganos de prensa en su conjunto. La comprensión del carácter excepcional, que revisten las variadas alternativas del proceso en desarrollo, la magnitud de las dificultades que cotidianamente deben superarse -y soportarse- para emerger y recuperarse de la crisis han servido también de equilibrada apoyatura para que la prensa extremara sus empeños para mantener su correcta inserción en la empresa común de la pacificación nacional, entendida como tramo de inevitable recorrido para impulsar, desde su pleno afianzamiento y no desde cualquier parte, el reordenamiento institucional”⁷.

La organización de los editores argentinos también protestó por la falta de seguridad de los periodistas mencionando “las detenciones y desapariciones de hombres de prensa, a veces corregidas pero no siempre oportunamente esclarecidas”⁸. El comunicado de la reunión de la Junta de Directores de ADEPA sostuvo, con creciente dureza, “que una serie de acontecimientos desencadenados en la Argentina en los últimos años ha creado un clima de intimidación colectiva que dificulta gravemente el ejercicio del periodismo”⁹. El comunicado terminaba diciendo: “Fuimos realistas y justos para

interpretar desviaciones de funcionarios sobre diarios y periodistas. Supimos callar en homenaje a la paz de la República, comprometida por el anterior desacierto político y la guerrilla despiadada y cruenta, ahora desarticulada gracias al intenso accionar de las Fuerzas Armadas y de seguridad. Pero el tiempo es la medida del hombre, y lo que en un proceso inicial revolucionario estuvo justificado, es absolutamente inadmisibles en un estado posterior de acomodamiento a los preceptos legales y a la Constitución Nacional”¹⁰.

A los pocos días de que ADEPA produjo su informe crítico de marzo de 1977, se produjo en la SIP, reunida en Colombia, otro debate sobre la situación de la prensa argentina. El diario *La Nueva Provincia* otra vez asumió la postura más defensiva de la dictadura argentina frente a las críticas del resto de los editores¹¹.

El nuevo paradigma periodístico que representó *La Opinión* intentó reinterpretar el discurso del poder sobre el rol de la prensa.

Durante la década del setenta este medio llevó a Timerman a discutir la asignación de rol que la dictadura hacía con la prensa. Como en las otras áreas donde se desplegó la estrategia del diario, se trató de resig-

nificar el discurso de las autoridades -en especial de Videla- pretendiendo autolegitimarse en un status político no cedido expresamente por el poder militar. Así, frente a un discurso del Presidente donde este pide una prensa “objetiva”, Paredes buscó ensanchar el espacio:

“Son muchas definiciones seguidas y coherentes como para pasarlas por alto. Pareciera que el jefe del Estado indica a la prensa nacional que debe jugar su papel en el proceso: informar, comentar, opinar e investigar respecto de los temas fundamentales para el país. E, incluso, criticar. El periodismo independiente corre el riesgo de ser “más papista

7 *La Opinión*. 3 de febrero de 1977, p.13.

8 *La Opinión*. 25 de marzo de 1977, p.11

9 *La Opinión*. 26 de marzo de 1977, p.13.

10 *La Opinión*. 27 de marzo de 1977, p.17.

11 *La Opinión*. 30 de marzo de 1977, p.13.

que el Papa". No vive una situación libérrima, ya que existen restricciones informativas en materia de seguridad nacional y claras instrucciones contrarias al sensacionalismo o la propalación de noticias no confirmadas¹².

Casi un año después, Paredes volvió sobre el mismo tema. Ahora enfatizó que para que el pueblo pueda participar, los periodistas deben recibir información política:

"Hay que informar... en tanto la información indique qué es lo útil al proceso y qué no lo es, el ciudadano tendrá más chance de entender los objetivos oficiales. Lo inadmisibles es que los periodistas tengan que caer en el sadismo inconsciente de esperar que crezca el (río) Paraná para tener tema sobre el cual escribir. Y ese vacío informativo -que además corre el riesgo de llenarse con productos de la imaginación- genera pasividad y desconfianza. Nadie participa de algo que no conoce y los slogans demasiado generales, rayanos en lo ambiguo, rara vez son tomados en cuenta"¹³.

En su intento por ampliar el espacio de su actuación política, el diario de Timerman cuestionó a los otros diarios pues parecían haber renunciado a esa tarea. *La Nación* criticó a *La Opinión* por publicar documentos de gremialistas que cuestionaban el gobierno¹⁴. Al vespertino *La Razón*, que era el diario más leído de Buenos Aires, lo criticó varias veces, acusándolo de ser en exceso complaciente con el poder militar. *La Opinión* del martes 18 de mayo de 1976 consideró que el cierre transitorio de la fábrica

de Ford por cinco semanas "constituía la primera evidencia de una recesión general que abarcaba a toda la economía". *La Razón* contestó con un recuadro donde cuestionó toda consideración sobre la actualidad que atribuyera a la economía una situación recesiva. Horacio Chávez Paz escribió:

"Para *La Razón*, la recesión no existía: para *La Opinión*, en cambio, recién empezaba. Además, podría profundizarse. La definición presidencial respaldada a *La Opinión*, que pudo ser tenida como derrotista, como opositora sistemática"¹⁵.

A la semana, el diario acusó a *La Razón*, *La Nación* y *Clarín* por haber "silenciado" el secuestro y asesinato del senador uruguayo y redactor de *La Opinión* Zelmario Michelini, y del también destacado político de aquel país, Héctor Gutiérrez Ruiz. En carta abierta al general Videla, Timerman sugería que por miedo se convertirían en "prensa complaciente" lo que era "un peligro para la reconstrucción argentina"¹⁶. A *La Razón* y *Clarín* los criticó por divulgar listas de supuestos reos de la justicia revolucionaria:

La Opinión, que en su oportunidad recogió los trascendidos sobre el esclarecimiento de la "justicia revolucionaria", se abstiene ahora de canalizar las nuevas versiones, a la espera de la ley o instrumento del Gobierno y de publicar nóminas

de presuntos sancionados, ya que en el adelanto extraoficial de estas listas suelen jugar intereses secundarios"¹⁷.

Al vespertino *La Razón* le cuestionó varias veces su tendencia a la caza de brujas. Una intervención militar en el colegio religioso San Miguel, de Buenos Aires, provocó que el *Buenos Aires Herald* criticara a *La Razón* por una política editorial tendiente a "condenar a cuanta persona mencionan en sus páginas, antes de que sea siquiera juzgada". "Cualquier involucrado en un tiroteo fatal del que se dan noticias -agregó el *Herald*- es automáticamente descripto como 'asesino'". *La Razón* difundió la versión militar de la intervención y habló de "infiltración marxista". El *Herald* dijo: "Nuestras actuales leyes de libelo dificultan que nuestros periódicos informen fielmente, pero en cuanto a la calumnia, se salen con la suya diariamente. Basándose en lo que sido publicado hasta ahora pareciera existir una caza de brujas MacCartiana, en pleno furor contra los hombres progresistas de la Iglesia"¹⁸. Ese mismo día, *La Razón* publicó un artículo titulado "Hay nuevas informaciones sobre la forma en que se inculca el veneno marxista en la mente de los niños", cuando fueron liberados los sacerdotes del colegio San Miguel que seguían detenidos. *La Opinión* cuestionó otra vez a *La Razón* pues la noticia

12 *La Opinión*. 14 de mayo de 1976, p.12.

13 *La Opinión*. 6 de marzo de 1977, p.13.

14 *La Opinión*. 16 de enero de 1977, p.12.

15 *La Opinión*. 26 de mayo de 1976, p.11.

16 *La Opinión*. 23 de mayo de 1976, p.13.

17 *La Opinión*. 17 de junio de 1976, p.12.

18 *La Opinión*. 2 de diciembre de 1976, p.12.

fue publicada por ese diario "mediante doce líneas incluidas en la última columna de la página seis", mientras que al principio publicó las "denuncias contra los detenidos" como "cabeza de su primera plana"¹⁹. También criticó a todos los diarios, excepto al *Buenos Aires Herald*, por no haber editorializado frente al descubrimiento de treinta muertos en la localidad de Pilar, en agosto de 1976.

Dado el protagonismo que tuvo en algunos episodios claves del período anterior -como el derribo del general Numa Laplane como jefe del ejército, y el derribo del ministro López Rega-, el diario parecía reclamar un tratamiento especial bajo la dictadura. El hecho que el diario durante el gobierno de Isabel Perón haya tenido "bajas" como tuvieron los militares, que haya sido agredido, amenazado, discriminado, calumniado e, incluso, cerrado, permitía a *La Opinión* pensar que debía ocupar un lugar entre quienes más derecho tenían para influir en el nuevo régimen. De algún modo, el periodismo de *La Opinión* presumía de tener derechos especiales. Heriberto Kahn, punta de lanza del diario bajo el régimen anterior -basadas en su estrecha relación con el grupo militar que finalmente daría el gol-

pe-, en un artículo de completo elogio al presidente Videla sugirió ese argumento: "parecería razonable pretender que quienes hemos ejercido la libertad de prensa con todos sus riesgos, cuando estos eran nada despreciables, tengamos también el derecho de ejercer esa misma libertad de prensa para rescatar los hechos positivos que el país tanto anhela, sin que nuestra honestidad sea cuestionada"²⁰.

Un mes después, contestando a líderes socialdemócratas europeos una solicitada contra el régimen militar, el diario escribió que "quizás nadie más calificado que *La Opinión*, por todo lo que ha dicho y arriesgado, por todo lo que dice y arriesga, para señalar a esos prominentes y respetados dirigentes..."²¹. Al día siguiente, el director y uno de los subdirectores defenderían otra vez la legitimidad de su actuación política: "Este diario no ha callado su voz en esa defensa (la certidumbre de que los derechos humanos se defienden siempre y para el conjunto de un país), contra los extremismos de cualquier signo -porque todos ellos son un mismo enemigo-, aún cuando fuesen ejecutados por bandas que se decían adictas al partido oficialista: no hubo otro periódico argentino que denunciara a los

asesinos izquierdistas del padre Carlos Mugica, quienes lo mataron porque entendieron que se había apartado de la ortodoxia, o a las bandas armadas fascistas del lopezreguismo"²².

Los títulos de los artículos en *La Opinión* no eran críticos hacia el gobierno. La información que podía considerarse cuestionadora del poder se publicaba bajo títulos favorables o neutros. A poco de andar la dictadura, el ministro del Interior cuestionó esa estrategia y -aunque no lo nombró- el diario *La Opinión* seguramente se debe haber sentido directamente aludido. El general Harguindéguy dijo:

"Los medios de difusión son los encargados de informar al pueblo, labor que se está cumpliendo magníficamente, con excepción de algunas publicaciones que bajo títulos de apoyo al accionar del Gobierno informan y comentan lo contrario. A nosotros no nos asusta la crítica cuando es bien intencionada y constructiva; lo que sí nos preocupa es cuando algún órgano de prensa, de cierta prensa, con la invocación de defender el Gobierno, de exaltar la nacionalidad y los valores morales, hace todo lo contrario"²³.

El diario de Jacobo Timerman apoyó la realización del golpe militar, pero su actitud se distanció de la de los diarios tradicionales de Buenos Aires. *La Opinión*, desde su fundación en mayo de 1971, había estado forjando un nuevo paradigma

19 *La Opinión*. 29 de diciembre de 1976, p.13.

20 *La Opinión*. 18 de mayo de 1976, p.13.

21 *La Opinión*. 18 de junio de 1976, p.1.

22 *La Opinión*. 20 de junio de 1976, p.14.

23 *La Opinión*. 22 de agosto de 1976, p.15.

periodístico, distanciado tanto del periodismo de seguridad nacional como del periodismo de liberación. Creemos que esta tercera vía que intentó ese diario se desprende de su discurso crítico que tuvo entonces frente al rol de la prensa.

Sobre las cenizas, la democracia

Durante los años setenta los dos paradigmas descriptos llegaron a su máxima expresión y, sin pausa, comenzaron su decadencia. El periodismo de seguridad nacional se expresó en

diarios tradicionales que apoyaron a la dictadura iniciada en 1976, la que no tuvo que establecer ningún sistema permanente de censura por la buena voluntad que aquellos tenían con el régimen militar; y el periodismo de liberación impulsó durante los setenta diarios y revistas creados por las guerrillas que fueron reflejo del auge y caída de la opción de la izquierda revolucionaria por la violencia política. Sobre los restos de ambos paradigmas periodísticos se comenzó a construir desde 1982 un nuevo paradig-

ma que fuera compatible con un régimen político democrático. En ese esfuerzo, el modelo de periodismo de *La Opinión* fue probablemente el que más pistas ofreció para recorrer la nueva era. Los nuevos diarios como *Tiempo Argentino* (1982), *Página 12* (1987) y *Perfil* (1998) tuvieron cierta inspiración en ese ejemplo (Ulanovsky, 1992). También las transformaciones sufridas en las últimas dos décadas por diarios como *La Nación*, *Clarín* y *Ámbito*, reconocen cierta filiación con la creación de Jacobo Timerman. ■

Bibliografía

- AA.VV. *Medios de comunicación social en la Argentina*. Buenos Aires. Editorial de Belgrano (1997).
- ALINSKY, Marvin. *Latin American Media: Guidance and censorship*. Iowa State University Press.(1981).
- BELTRÁN, Luis Ramiro. "Premisas, objetos y métodos foráneos en la investigación sobre comunicación en América Latina". En: Miquel de Moragas Spa (ed.), Escuelas y autores. *Sociología de la comunicación de masas*. Barcelona. GG Mass Media. (1985).
- BERNETTI, Jorge Luis. "La Opinión era un Instituto Di Tella periodístico". En: Revista *Oficios Terrestres*. Universidad Nacional de La Plata, nº5. (1996).
- BLAUSTEIN, Eduardo, ZUBIETA, Martín. *Decíamos ayer: La prensa argentina bajo el Proceso*. Buenos Aires. Ediciones Colihue. (1998).
- C.I.E.S.P.A.L. *Las escuelas de periodismo en América Latina*. Ecuador. C.I.E.S.P.A.L. (1965).
- CIRIA, Alberto. *Treinta años de política y de cultura: ensayos y recuerdos*. Buenos Aires. Ediciones de la Flor. (1990).
- CÓRDOVA CLAURE, Ted. *Testigo de la crisis*. Buenos Aires. Legasa. (1986).
- COX, Robert. *The sound of one hand clapping: A preliminary study of the Argentine press in a time of terror*. Working Paper nº 83, The Wilson Cen-
- ter. Washington. August 1980.
- DE MORAGAS SPA, Miguel. *Teorías de la Comunicación: Investigaciones sobre medios en América y Europa*. México. GG Mass Media, 5 edición. (1991).
- DE SOLA POOL, Ithiel. "The role of communication in the process of modernization and technological change". En: Bert F. Hoselitz and Wilbert E. Moore, *Industrialization and society*. París. Unesco. (1963).
- DÍAZ, César L. *La cuenta regresiva: la construcción periodística del Golpe de Estado de 1976*. Buenos Aires. La Crujía. (2002).
- DURÁN, Fernando. *Paradigmas sociológicos del desarrollo*. Colección de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Bravo y Allende Editores. (1995).
- ESTEINOU, Javier. *El desarrollo de la ciencia de la comunicación en América Latina: el caso de C.I.E.S.P.A.L., 1959-1984*. P.C.L.A. abril-junio del 2003.
- GARCÍA, Mario. *Recuerdos de mis 45 años en La Prensa*. Editorial de la Universidad de La Plata, 1997.
- LENARDUZZI, Víctor. *Revista Comunicación y Cultura: Itinerarios, ideas y pasiones*. Buenos Aires. Eudeba. (1998).
- LENARDUZZI, Víctor. *Contra el adornismo. Sobre la recepción de la Escuela de Frankfurt en América Latina*. Constelaciones de la Comunica-

ción. Fundación Walter Benjamin. Número 1, septiembre del 2000, pp. 32-8.

- **LOWENSTEIN, Ralph.** "Press Freedom as a Political Indicator". En: Heinz Dietrich Fischer (ed.), *International Communication: Media, channels, functions*. Hasting House. New York. (1970).
- **MARQUES DE MELO, José.** *Communication theory and research in Latin America: A preliminary balance of the past twenty-five years*. Media, Culture and Society, Vol.10 (1988).
- **MATTELART, Armand.** *Los medios de comunicación de masas en un proceso revolucionario*. Rev. Los Libros, número 15, enero de 1971. Buenos Aires.
- **MATTELART, Armand.** *La comunicación-mundo: Historia de las ideas y de las estrategias*. Madrid. Fundesco. (1993).
- **MURCIANO, Marcial.** *Comunicación de masas, desarrollo y dependencia. La investigación de la comunicación masiva en América Latina*. Tesis de licenciatura. Edición ciclostillada. Universidad Autónoma de Barcelona. (1979).
- **NEILSON, James.** *El fin de la quimera: Auge y ocaso de la Argentina populista*. Buenos Aires. Emecé.(1991).
- **O'SULLIVAN, Tim y otros.** *Conceptos clave en comunicación y estudios culturales*. Buenos Aires. Amorrortu Editores. (1997).
- **PYE, Lucien W.** *Evolución política y comunicación de masas*. Buenos Aires. Ediciones Troquel.(1969).
- **RUIZ, Fernando.** *Régimen político, espacio público y periodismo gráfico en Buenos Aires: 1955-1971*. Revista Colección, Escuela de Ciencias Políticas. Universidad Católica Argentina, número 8. (1998).
- **RUIZ, Fernando.** *Las palabras son acciones: historia política y profesional del diario La Opinión de Jacobo Timerman: 1971-1977*. Buenos Aires. Perfil Libros. (2001).
- **SALOMONE, Franco.** *Maten al mensajero*. Buenos Aires. Editorial Sudamericana. (1999).
- **SCHRAMM, Wilbur.** *Mass Media and National Development: The role of information in the developing countries*. Stanford University Press and UNESCO. (1964).
- **SCHRAMM, Wilbur.** *La urbanización y la difusión de la información*. Documento de Trabajo. Instituto Di Tella. Centro de Sociología Comparada. Buenos Aires. (1965).
- **SCHUDSON, Michael.** *Discovering the news: A Social History of American Newspapers*. Harper Collins. (1979).
- **SIDICARO, Ricardo.** *La política mirada desde arriba: Las ideas políticas del diario La Nación 1909-1989*. Buenos Aires. Editorial Sudamericana. (1993).
- **SIEBERT, Fred, PETERSON, Theodore y SCHRAMM, Wilbur.** *Four theories of the press*. University of Illinois Press. (1976).
- **TAUFIC, Camilo.** *Periodismo y Lucha de Clases*. Santiago de Chile. Empresa Editora Nacional Quimantú. (1973).
- **ULANOVSKY, Carlos.** "La Opinión-Página 12, un análisis comparativo". En: *Medios y enteros*, Revista de la Escuela de Comunicación Social de Rosario. Noviembre, nº2. (1992).
- **VERBITSKY, Horacio.** *Nacer en Madrid*. Documentos Semanario de la CGT, Número 4. Universidad Nacional de Quilmes. (1997).

